

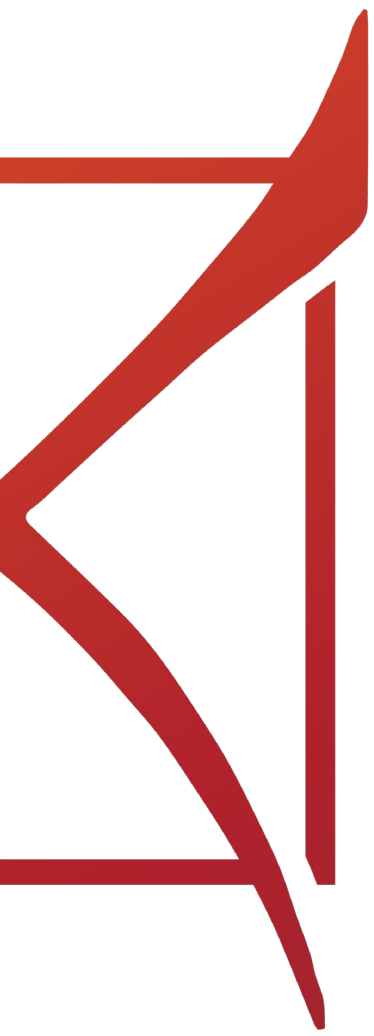


TAIKA
EDITORIAL



EN OTRA DIMENSIÓN

CAROLINA VILLADIEGO



En otra dimensión

Carolina Villadiego

erató 
COLECCIÓN



©2024 CAROLINA VILLADIEGO

©2024 Taika Editorial S.A.S
Calle 63C 21 24 Ap. 201
Muequeta, Barrios Unidos
Bogotá, Colombia, 111221
contacto@taikaeditorial.com

PRIMERA EDICIÓN, ABRIL 2024

EDICIÓN Y CORRECCIÓN
Jazmín Bautista
Alejandra Canela

DISEÑO DE PORTADA
©Alejandro Harper
©Bisho

ILUSTRACIONES
©Bisho

ISBN DE LA OBRA
978-628-95493-8-6

No se permite la REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL de este libro ni su incorporación a un sistema informático, así como tampoco su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos presentes o futuros sin el permiso previo y por escrito de los titulares del COPYRIGHT.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de DELITO contra la propiedad intelectual.

EDITADO E IMPRESO EN COLOMBIA

ÍNDICE

La camisa azul	13
Los cuadernos de flores	31
La taza de café	51
Los ojos de niños	77
El manuscrito	103
Epílogo	123

Muchos hablan de salir del clóset.
Pero, a la hora de la verdad,
no hay un solo clóset ni una sola puerta.
Cuando crees que la has abierto,
te encuentras con una más grande.

SF

El día que despertaste a su lado, te quedaste prendado de los vellos cortos de su nuca ligeramente encrespados. Te abrazaste a la indecencia de su desnudez con hartazgo, disfrutaste del aroma a hombre y sexo pegado en su piel y besaste el sudor salado con hambre.

*El día que despertaste a su lado, se sintió perfecto.
Ah, qué estúpido fuiste, Leo.*

La camisa azul

CUANDO Leonardo escucha el código de vestimenta escogido para la presentación del proyecto «En la otra esquina» de la voz de su editor, recuerda como su camisa azul favorita quedó destrozada en ese encuentro tres meses atrás. Sin querer, dibuja una sonrisa.

—¿Qué es tan divertido? —cuestiona Danilo mientras lo mira debajo de sus lentes cuadrados como si lo hubiera descubierto siendo parte de alguna escena del crimen.

Leonardo no puede evitar reír.

—Nada. Tendré que comprar una camisa azul.

—¿No tenías una ya? —Danilo juega con el bolígrafo en sus manos, pero sus ojos azules están sobre él.

—No, recuerda que ya no. Esa fue la camisa con la que...

Danilo levanta una de sus cejas afiladas y luego alza la mano en señal de alto.

—Ya lo recuerdo. «Esa camisa». Entonces tendrás que comprar una nueva, *Cherry*.

Leonardo asiente mientras saborea el toque fantasmal de la camisa de seda azul rey que perdió y los largos dedos huesudos que apretaron sus pectorales y abdomen mientras la destrozaban. Un erizamiento delicioso viaja por su espalda y lo distrae el resto de la tarde.

Así, Leonardo se encuentra caminando hacia la franquicia de la Avenida 68. María Laura, la encargada de diagramación, comentó en el almuerzo sobre las ofertas que consiguió el día anterior en esa sucursal.

—Vaya momento para venir, Leo. Está atascado de gente.

Mira a una de las familias compuesta por tres hijos juguetones mientras la pareja discute algo sobre los precios, como una muestra de toda la multitud que atiborra los pasillos y que camina sin mirar. Un «¡Qué pena!» se escucha indiferente cuando una mujer lo tropieza sin querer con una pañalera en brazos antes de perseguir a otro niño que corre sin control.

—Bueno, a lo que vinimos, Leo. ¡La camisa!

Leonardo avanza por los pasillos como un hombre con una misión, agradecido de que a sus treinta y tres años tiene todo lo que quiere: un trabajo estable que no le da lujos, pero lo mantiene en un buen estatus; libertad y soltería; la ausencia de hijos que lo endeuden y de problemas maritales que puedan arrebatarse la calma. Un auto de hace tres años, amigos, sexo cuando hace falta y un apartamento que paga al banco... No necesita más. Leonardo Prado es un adulto homosexual con ganas de vivir la vida bajo sus términos y que recuerda

uno de sus mejores encuentros mientras camina en un ambiente familiar.

Ah, cierto: la camisa azul.

Leonardo se detiene de pie en medio del pasillo cuando lee «Caballeros». Fue precisamente un caballero quien volvió un desastre su camisa azul rey favorita tres meses atrás, la misma que guarda porque para él fueron las dos noches más fascinantes que ha vivido en ese año. Incluso, en honor a su nombre, le había dedicado una paja dos días atrás.

Para Danilo, fue una aventura más de las muchas otras que Leonardo ha tenido a lo largo de su vida e, incluso, a lo largo de su amistad. Pero Leonardo sabe mejor que no se sintió tan así. Esas noches fueron como si, por una vez, hubiera salido de sí mismo a otro espacio; como si hubiera estado dentro de una obra de teatro con un guion mucho mejor elaborado que el de su propia vida y decisiones, con un personaje mucho más sincero de lo que él era en la realidad; todo en los brazos de un escritor frustrado que supo recrear el escenario perfecto para darle a Leonardo el papel protagónico más interesante en su vida.

¿Cómo ocurrió? Leonardo lo adjudica a las meras oportunidades del destino, una casualidad que llegó para recordarle que está bien vivir fuera de las reglas y las normas, dejarse sorprender por el destino que tiene planes completamente ocultos para uno como mortal. Que puede mostrarle algo diferente.

Por eso, estuvo en el lugar y en el momento correcto para entablar una conversación con alguien que buscaba placer y compañía tal como él, decidido a obtenerlo a como diera lugar. Que ofreció dos noches de pasión,

sexo y charlas amarrados en las sábanas, sin importarle saber algo más que sus nombres.

Al final, su camisa azul quedó inservible, llena del aroma corporal de aquel otro hombre que fungió como su amante y con tajos arrancados por esas manos cuando él explotó como una estrella que colmó de luz todo el cielo por única vez en su vida.

Leonardo ha tenido muchos amantes esporádicos y siempre logra recordar a cada uno de ellos por alguna imagen sensorial, algún olor o sabor característico. Pero, con aquel hombre, tiene una amalgama de formas para definirlo y recordarlo; sabe que todas ellas quedan cortas para lograr expresar a plenitud lo que ha significado.

—Qué alegoría —murmura para sí al detenerse en medio del pasillo—. Fuiste como ver en cámara lenta a una mariposa batir sus alas por primera vez al cielo... ¿Qué será de ti ahora?

No lo sabe, de él solo escuchó su nombre porque ni siquiera le respondió de dónde venía. Podría ser de cualquier lugar, dentro o fuera de Colombia. Se ve imposible reencontrarlo y él mismo es lo suficientemente objetivo como para darse cuenta de que no es un asunto que mereciera invertir su tiempo.

Después de todo, de haber querido que las cosas se llevaran a otro punto, él le hubiera dado más señales. No fue así: lo único que oyó al término de todo fue «Gracias», lo que le hizo entender que, sí, estaba totalmente agradecido con lo que había pasado, no se arrepentía de nada; pero, por desgracia, no llegaría a ser más. Hasta allí, fueron unas gracias que sonaron a un final.

Suspira...

—Señor, ¿le colaboro en algo? —La sonrisa afable de la joven encargada llama su atención. Abochornado de verse tan distraído al caminar, carraspea y deja de rasgar su nuca.

—Bueno, buscaba una camisa azul.

—¿Manga corta o larga?

—Larga, es para una reunión formal.

—Sígame, por favor, por aquí.

La mujer avanza tres pasos para guiarlo y él la sigue. La figura menuda de la chica ataviada en el característico uniforme amarillo es evidente, aunque no puede dejar de pensar en lo estresante y agotador que debe ser el tener que atender a tantas personas al día y esperar a que se acabe el horario de atención.

—¿Algo como esto buscaba?

Leonardo observa la camisa con duda, pero la mujer, no dispuesta a ceder, lo lleva a otros tenderos donde hay más camisas de mejor calidad en tela y costura, más variedad de colores y combinaciones con corbatas para así convencerlo de la elección. Viendo semejante entusiasmo, Leonardo no puede más que darle tiempo de hacer su trabajo y quizá, por qué no, invertir más de lo que tiene pensado.

Ya escucha a Danilo decir: «¡De nuevo compraste más de lo que necesitabas! No puedes ir a una tienda solo, ¡terminas sobregirando tu tarjeta de crédito!». Todo con sus lentes, brazos cruzados y los párpados entrecerrados en un gesto que a él a veces le parece simpático.

—¿Quiere probarse mejor las camisas? Puede medírselas junto a las corbatas y escoger la que más le agrada —ella indica y Leonardo mira al vestidor en medio de su despiste.

Sus planes de ir y buscar solo la camisa mueren al instante.

—Cuando Danilo sepa esto, me dará la clase de «Cómo llegar a fin de mes sin deudas» por cuarta vez...

—¿Perdón?

—Nada, nada. Solo yo hablando solo.

Ella es lo suficiente inteligente como para no hacer comentarios ante su mala maña, como lo repite tanto su madre, y lo deja partir al *vestier*.

Con una sonrisa, Leonardo se quita la camisa crema que lleva puesta y observa su reflejo en el espejo. Peina distraídamente el mechón negro que cae sobre su frente y recuerda que también, cuando le habló a Danilo sobre su escapada con aquel amante, su amigo le dio la clase de «Los riesgos de la promiscuidad gay en el siglo XXI».

No puede evitar reírse al recordarlo. Todo por confesarle que, cuando se acabaron los condones, no le importó continuar sin protección confiando en las palabras de ese hombre que le dijo que estaba limpio.

—Pero yo le estaba coqueteando a Armando. No imaginé que ese hombre llegaría y me tiraría la cuerda tan descaradamente —se dice mientras desliza las mangas de la camisa celeste por sus brazos—. ¡Juro que yo no pensaba hacer nada esa noche!

Al menos en los primeros treinta minutos; en las siguientes dos horas, entre vodka y conversaciones con miradas cada vez más sugerentes e impertinentes, fue claro que las intenciones nobles se habían ido al garete.

Mientras se abotona la primera camisa, memora lo que ocurrió aquella noche a principios de septiembre. Leonardo fue al hotel de cinco estrellas, El Dorado, donde conoció a Armando, el *bartender*, unas semanas atrás.

Él, en su trabajo de asesor de contenido, había llevado a una figura importante del periódico hasta el hotel pagado por la misma empresa y bajó al bar para tomar un trago antes de irse. Allí conoció al pintoresco joven que le sonreía incluso al vigilante.

Encantado por su físico atractivo: delgado, cabello en rulos formados sobre su cabeza, piel morena y una sonrisa deslumbrante, Leonardo se quedó allí para formar conversación y así interesarse también en su forma de ser tan libre y jovial. Terminaron hablando de viajes, de relatos de extranjeros y de extrañas anécdotas que podía tener un *bartender* de un hotel turístico de su clase. Le habló de haber atendido a verdaderas figuras, también de muchas infidelidades famosas antes de que salieran a la luz a través de la prensa rosa, y cada uno de esos comentarios le agradaron al punto de que se propuso ir cada viernes a conocer y, por qué no, ligar un poco.

Así supo detalles importantes, como que Armando está estudiando mecánica en la Universidad Nacional durante el día y trabaja en el bar de noche. Al ser hijo único, y con su madre enferma de diabetes, se ayuda de su trabajo para pagar los estudios y tener al día las medicinas para el tratamiento. Al escuchar todo eso, Leonardo no pudo evitar el sorprenderse y admirarse por la fuerza del muchacho que, pese a tener ya la edad suficiente para contar con una carrera, no se rinde por eso y busca sacarle provecho a su vida. Tiene veintisiete años y su sonrisa le ha dicho que el reloj para él no pesa.

Entonces, buscando una oportunidad (luego de haber comprobado que sí, el chico es gay y parecía interesado), iba todos los viernes a las nueve de la noche solo

para comprar un trago de vodka conforme hablaban de cualquier ociosidad.

Hasta que llegó esa noche.

—¿Está listo, señor? —Escucha a la dama afuera del vestidor.

Él vuelve en sí, nota que ya se ha probado una de las corbatas encima.

—Sí, ya saldré.

Bufa. Perdido entre los recuerdos, no se percató en qué momento se puso aquella camisa, pero es evidente que, desde esa mañana en la que se dio cuenta de que ya no podía contar con su camisa azul favorita, se ha dedicado a observar una y otra vez la misma escena como si pudiera hallar más detalles interesantes en cada reproducción.

La mujer, al verle la camisa puesta, no duda en colocarle adjetivos que tildan lo maravilloso que se ve y lo bien que le sienta el color. Leonardo sabe sus atributos. Mide un metro setenta y dos, y su cuerpo labrado por una rutina religiosa de ejercicios en el gimnasio es atractivo y una de sus características más destacadas en Grindr; sus grandes ojos negros, su angulosa nariz y su corto cabello oscuro contrastante con su piel ligeramente bronceada saben robar la mirada. De espalda, también le gusta remarcar su mejor atributo en apretados pantalones de mezclilla.

Pero Leonardo solo enarca una ceja al observar como, con sus manos tímidas, la encargada busca tocar un poco más de sus pectorales con la excusa de acomodar mejor la corbata. Bien, sí lo está acariciando.

—Bueno, me probaré las demás.

Así se escurre de nuevo al *vestier*. Prefiere perderse en el recuerdo de ese hombre antes de ser interrumpido, por lo cual, busca el hilo de sus pensamientos y se ubica exactamente en el punto donde Armando y él hablaban de forma animada de los terribles días que tuvieron por la alta temporada de turistas de agosto; en ese momento, un hombre de cabello castaño se sentó a su lado y pidió casi con desgano un trago de vodka. Era habitual que Armando tuviera que detener la conversación para atender a algún cliente, pero a Leonardo le molestó su intromisión.

Era más o menos medianoche y ya no había demasiados clientes, por eso, Armando se permitió hablar con tranquilidad y sin ningún tipo de pena.

Y así siguieron: el hombre estuvo a su lado bebiendo y Armando continuaba la conversación de las terribles horas en las que debía atender a todo tipo de turista y recordar de nuevo el inglés, al tiempo que Leonardo se reía y le comentaba que, al menos, eso le permitiría practicar más el idioma. Todo pareció marchar como de costumbre, incluso creyó notar que Armando le dedicó una mirada de más; Leonardo estuvo seguro de estar logrando su cometido cuando, en medio de la conversación, algo inesperado surgió.

—Tu trabajo suena interesante.

La voz ligera de aquel hombre fluyó para cortar la amigable escena de ellos dos con un siseo extraño que no pudo identificar si era de dentro o fuera de Colombia. Leonardo lo miró con una elocuente expresión de molestia. Pese a eso, el hombre con la vista aún en su trago movió sus manos delgadas entre la superficie del vidrio de su vaso a medio probar.

—Al menos es mejor que el mío. Lo único distinto viene en las campañas navideñas, donde tengo que formar una nueva imagen para mantener contentos a nuestros clientes y debo ingeniármelas para que no sea igual a lo del año pasado. El resto del tiempo es lo mismo; día tras días de ver a la misma gente haciendo las mismas cosas por el mismo sueldo, todo por las mismas motivaciones que los millones de ciudadanos que pagamos impuestos y soñamos con arrendar una casa más grande.

Leonardo decidió en ese momento que no iba a contestar porque no quería perder el ambiente que ya había cosechado con Armando durante varias semanas para llevarlo a ese punto. Solo que no fue necesario el que hablara; Armando, tan espontáneo, le tomó la delantera y de inmediato preguntó:

—¿Y tú en qué trabajas? ¡Debe haber algo divertido en ello!

Leonardo ríe frente al espejo del vestidor al recordar que, para ese punto, su cara fue todo un poema. Vio su reflejo detrás del cuerpo de Armando, justo donde descansaban las botellas, como si en aquel entonces hubiera buscado alguna clase de entendimiento en la imagen proyectada. Incluso memora que, cuando le contó a Danilo lo ocurrido, él dibujó una media sonrisa muy digna de la Mona Lisa, gesto que suele hacer cuando algo es demasiado gracioso como para dejarlo pasar, pero es imprudente comentarlo en ese momento.

Luego de tanto esfuerzo para llamar la atención del joven *bartender*, un extraño simplemente se la robó con un par de frases. Y fue peor cuando empezó a nombrar que, además de ser diseñador gráfico, era profesor en una aca-

demia los fines de semana, redactor *freelance* y otra cosa que Leonardo no logra recordar, pero que dejó a Armando tan maravillado que no le quitó los ojos de encima.

En el momento, Leonardo se encontró fastidiado con tan irrisoria situación, y bebió su trago de mala gana mientras aquellos dos platicaban como si él no estuviera allí. No le gustó sentirse desplazado a solo un testigo. No le gustó que el reflector del protagonista se lo hubieran arrebatado, y vio necesario acabar con aquello. Así que se giró en su asiento y plegó su codo en la barra, con la mirada resuelta, para demostrar que él, Leonardo Prado, también tenía algo que contar.

Sí, aquí puede escuchar la frase de Danilo en su cabeza diciendo: «¿No puedes dejar que, por cinco minutos, el mundo no gire a tu alrededor, Leo?». Pues no, no puede, y a veces odia el hecho de que Danilo tenga esa facilidad para conocerlo tanto en esos cuatro años de trabajo, con todo lo que eso significa.

Por eso, Leonardo hizo justamente lo que Danilo vaticinó cuando se lo contó. Llamó la atención de aquel par al sonreír con descaro y declararle el duelo al tercero que quería quitarle la presa.

—Reconozco que esos artículos sobre la tala ilegal del Amazona debieron ser interesantes. Cuando fui a visitar la zona del sur de Guaviare, me encontré con Botero para hablar sobre...

Leonardo mencionó los riesgos que tuvo la visita para la investigación, las costumbres completamente opuestas a las que tiene él al vivir en la capital y, por supuesto, edulcoró muchos de sus aportes. El resultado real fue una columna que no tuvo demasiado peso en la prensa nacional

(no con los intereses allí involucrados), pero que le dejó suficiente dinero como para proseguir en otros asuntos.

De esa manera, se presentó ante el otro, altanero y dominante, sin darse cuenta de que, en algún punto de la conversación, Armando se había alejado y solo tenía la atención de aquel hombre.

¿Qué pasó para que, de repente, sus intenciones de galantería cambiaran de objetivo? Es una buena interrogante y Leonardo puede responder a ella de muchas maneras, pero quizá la respuesta franca sea que le encantó que aquel hombre le permitiera hablar largo y tendido todo lo que quiso extenderse para luego darle, con cuatro o cinco comentarios, conclusiones al respecto de cada uno de los temas que había tratado, sin perderle el hilo a ninguno de ellos. Lo escuchó mientras Leonardo sacaba de lo amplio de su propio baúl otros artículos, investigaciones y sucesos que ha vivido en su carrera; lo observó como si, en vez de una conversación medio borracha en un bar, ellos estuvieran en un escenario suscrito para que él tuviera el papel estelar.

Leonardo se convirtió entonces en el sol del universo de aquel hombre joven, de quizá unos veinticinco años, trajeado como si fuera un ejecutivo de diez años más de edad, con el cabello castaño despeinado, una barba incipiente en su mentón y unos ojos marrones clavados en él que no pudo dejar de mirar.

Eso también afectó: esos ojos marrones tuvieron que ver mucho en su cambio de norte.

Los ojos del visitante fueron distintos a los de Armando, los cuales brillaban enérgicos y vivaces, resplandecían o quemaban cuando chocaba con su mirada. Eso

le decía que era una persona espontánea y atrevida, con mucha energía y tesón, cualidades que a él le encanta buscar en una pareja. Pero este hombre en cuestión tenía una mirada diferente.

El café de sus pupilas, pese a lo opaco que estaban sus ojos por el cansancio y la nube de alcohol, era más profundo y cálido a su vez, más transparente. Podía verse de lejos como un color marrón común y silvestre, pero cuando se veía de cerca y con justa atención, en él se convertía en algo fascinante, como si hubiera un ligero ámbar escondido que se traslucía con la luz de la lámpara sobre ellos.

Quizá fue eso, fue percibir que ese hombre, con solo la mirada, se lo estaba tragando; no solo se comía sus palabras, sino su presencia; no solo dominaba su atención, sino sus movimientos. Fue una mirada que tenía gula: más conocimiento, más de él, más de algo que Leonardo sintió que tenía y podía ofrecer. Y, en ese juego de miradas que parecían tener más, Leonardo se vio seducido de una forma que no le quiso dar freno, vilmente arrastrado por aquellos ojos que contenían dentro un universo entero por descubrir.

—¿Te gustan mis ojos? —Él saboreó el licor en espera de su respuesta.

Leonardo se sonrió como si le hubiera leído las intenciones. A esa altura del juego, ninguno de los dos había mencionado sus nombres, pero eso no fue importante.

—Son atrayentes. —Pasó otro trago de licor que ya ni sentía en el organismo.

—De cerca se ven mucho mejor. Me han dicho que es como si estallaran colores en ellos.



TAIKA
— EDITORIAL —



contacto@taikaeditorial.com